

Jueves Santo: Misa de la Cena del Señor

14 de abril de 2022

Mario Michiaki Yamanouchi
Obispo de la diócesis de Saitama

Hermanos y Hermanas:

En la homilía del Jueves Santo, en que celebramos la institución de la Eucaristía, vamos a centrar nuestra atención en la primera lectura y en el evangelio. A través de su meditación quisiera profundizar el significado de la Pascua judía, de cómo se originó y de cómo se debía celebrar. Y luego, trataremos de subrayar la originalidad de la nueva pascua que Jesús inició en la Última Cena realizada en su muerte y resurrección.

Primera lectura (Éxodo 12.1-8.11-14): Prescripciones sobre la cena pascual

En la primera lectura del libro del Éxodo, que acabamos de escuchar, se describe la celebración de la Pascua de Israel tal como la establecía la ley de Moisés.

En su origen, puede haber sido una fiesta de primavera de los nómadas. Sin embargo, para Israel se había transformado en una fiesta de conmemoración, de acción de gracias y, al mismo tiempo, de esperanza.

En el centro de la cena pascual, ordenada según determinadas normas litúrgicas, estaba el cordero como símbolo de la liberación de la esclavitud en Egipto. Por este motivo, el “Hagadá pascual”, es decir, la narración de la tradición oral judía sobre los acontecimientos del Éxodo o de la salida de Egipto, forma parte integrante de la comida a base de cordero. En este relato pascual se subraya de que había sido Dios mismo quien había liberado a Israel con su brazo poderoso.

Que el Dios de sus padres Abrahán, Isaac y Jacob, el Dios misterioso y escondido, había sido más fuerte que el faraón, con todo el poder de que disponía. Israel no debía olvidar que Dios había tomado personalmente en sus manos la historia de su pueblo y que esta historia se basaba continuamente en la comunión con Dios. Israel no debía olvidarse de este acontecimiento como solo un hecho del pasado, sino que Dios sigue actuando en medio de ellos para siempre.

En el rito de la conmemoración abundaban las palabras de alabanza y acción de gracias tomadas de los salmos. La acción de gracias y la bendición de Dios alcanzaban su momento culminante en la “berakha”, que en griego se dice “eulogia o eucaristía”: la ofrenda hecha a Dios se convertía en bendición para quienes la ofrecían.

Es decir, la ofrenda hecha a Dios vuelve al hombre bendecida. Todo esto levantaba un puente desde el pasado hasta el presente y hacia el futuro: aún no se había realizado la liberación de Israel. La nación sufría todavía como pequeño pueblo en medio de las tensiones entre las grandes potencias.

El recuerdo agradecido de la acción de Dios en el pasado se convertía al mismo tiempo en súplica y esperanza: “Señor, lleva a cabo lo que comenzado. Danos la libertad definitiva”.

Evangelio (Juan 13.1-15): La cena pascual de Jesús

Jesús celebró con los suyos esta cena de múltiples significados en la noche anterior a su pasión. Teniendo en cuenta este contexto, podemos comprender la nueva Pascua, que él nos dio en la santa Eucaristía.

En las narraciones de los evangelistas hay una aparente contradicción entre el evangelio de Juan, por una parte, y lo que por otra parte nos dicen los evangelistas Mateo, Marcos y Lucas.

1) Jesús muere a la hora de la inmolación de los corderos en el templo

Según Juan, Jesús murió en la cruz precisamente en el momento en el que, en el templo se inmolaban los corderos pascuales. Su muerte y el sacrificio de los corderos coincidieron. Pero esto significa que murió en la víspera de la Pascua y que, por tanto, no pudo celebrar personalmente la cena pascual judía.

Al menos esto es lo que parece. Por el contrario, según los tres evangelios sinópticos, la última Cena de Jesús fue una cena pascual, en cuya forma tradicional él introdujo la novedad de la entrega de su cuerpo y de su sangre.

Hasta hace pocos años, esta contradicción parecía insoluble. La mayoría de los exégetas pensaba que san Juan no había querido comunicarnos la verdadera fecha histórica de la muerte de Jesús, sino que había optado por una fecha simbólica para hacer así evidente la verdad más profunda: Jesús es el nuevo y verdadero cordero que derramó su sangre por todos nosotros.

Mientras tanto, el descubrimiento de los escritos de Qumram (1946-1956) nos ha llevado a una posible solución convincente que, si bien todavía no es aceptada por todos, se presenta como muy probable.

Ahora podemos decir que lo que san Juan refirió es históricamente preciso. Jesús derramó realmente su sangre en la víspera de la Pascua, a la hora de la inmolación de los corderos. Sin embargo, celebró la Pascua con sus discípulos probablemente según el calendario de Qumram, es decir, al menos un día antes: la celebró sin cordero, como la comunidad de Qumram, que no reconocía el templo de Herodes y estaba a la espera del nuevo templo.

2) La última cena de Jesús fue sin cordero, pero Él es el nuevo Cordero pascual

Por consiguiente, Jesús celebró la Pascua sin cordero, pero en su lugar se entregó a sí mismo, entregó su cuerpo y su sangre. Así anticipó su muerte como había anunciado: *“Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente” (Jn 10.18)*. En el momento en que entregaba a sus discípulos su cuerpo y su sangre, cumplía realmente esa afirmación. Él mismo entregó su vida. Sólo de este modo la antigua Pascua alcanzaba su verdadero sentido.

Sin embargo, no lo hizo sin cordero y sin templo, sino que Él mismo era el Cordero esperado, el verdadero, como lo había anunciado Juan Bautista al inicio de su ministerio público de Jesús: *“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1.29)*.

Y él mismo es el verdadero templo, el templo vivo, en el que habita Dios, y en el que nosotros podemos encontrarnos con Dios y adorarlo, *“espíritu y en verdad” (Jn 4.23-24)*.

Su sangre, el amor de Aquel que es al mismo tiempo Hijo de Dios y verdadero hombre, uno de nosotros, esa sangre si puede salvar. Su amor, el amor con el que él se entrega libremente por nosotros, es lo que nos salva. El gesto nostálgico, en cierto sentido sin eficacia, de la inmolación del cordero inocente e inmaculado, encontró respuesta en Aquel que se convirtió para nosotros al mismo tiempo en Cordero y Templo de Dios vivo.

Invocación

Pidamos al Señor que nos ayude a comprender cada vez más profundamente este misterio que se realizó en la Última Cena y se sigue realizando en cada misa o eucaristía que celebramos. Pero que nunca nos olvidemos aquel gesto del lavatorio de los pies que narra el evangelio de Juan: quien participa de la eucaristía su vida nunca debe separarse del amor a

Dios y al prójimo. Como nos lo dice en su carta de modo más fuerte:” *Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; porque el que no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede amar a Dios a quien no ha visto” (1 Juan 4.20).*